

pital para ejercer en ella las funciones de teniente general del reino.

“No he dudado un momento y he llegado para dividir con vosotros los peligros, para colocarme en medio de este heroico pueblo, y hacer todos los esfuerzos posibles para preservaros de la guerra civil y de la anarquía. Al entrar en la ciudad de Paris traia con orgullo los gloriosos colores que habeis vuelto á adoptar, y que he llevado por tanto tiempo.

“Las cámaras van á reunirse: á ellas les toca poner los medios para mantener el orden, las leyes y los derechos de la nacion.

“Una Carta será de hoy mas una verdad.—L. F. de Orleans.”

Pero antes de estender esta proclama antes de contraer este compromiso, el duque de Orleans como aquellos hombres de la antigüedad que nada hacian sin consultar el oráculo de Delfos ó de Dodona, habia consultado al Calchas de la calle de San Florentino.

M. de Sebastiani fué el encargado por el príncipe para ir á escuchar el moribundo acento que disponia todavía de las coronas. Fué introducido ante M. de Talleyrand en el momento mismo en que se estaba vistiendo, y le presentó la carta que en forma de consulta le dirigia el príncipe.

—Que acepte—contestó M. de Talleyrand y el príncipe aceptó.

Aceptando, habíase obrado una gran revolucion loca: la monarquía plebeya habia sustituido á la monarquía aristocrática.

#### CAPÍTULO XLIV.

LA proclamacion del duque de Orleans se leyó en la cámara y fué acogida con el mayor entusiasmo. Hubo un momento de duda en que todos veian delante y detras de sí, y cada uno deseaba saber dónde habian llegado.

Benjamin Constant, M. Guizot, M. Béran y M. Villemain se encargaron de poner algun orden en este juego de ajedrez en que tantos peones habian sido derribados, y en que á un rey, descendiente de tantos reyes, se le habia dado jaque-mate.

He aquí el trabajo de estos señores;

“Franceses! la Francia es libre. El absolutismo alzaba su bandera: el heroico pueblo de Paris la ha abatido. Paris, atacado, ha hecho triunfar con las armas la causa sagrada que habia triunfado inútilmente en las elecciones. Un poder usurpando nuestros derechos y perturbando nuestro reposo amenazaba á la vez á la libertad y al orden; pero ya hemos vuelto á estar en posesion del orden y de la libertad.

“No mas temores por los derechos adquiridos: no mas obstáculos para adquirir los que deseamos y nos faltan todavía.

“Lo primero que necesita la patria ahora es un gobierno que sin temor alguno nos garantice la posesion de aquellos bienes: ¡Franceses! los diputados que se hallan en Paris se han reunido, y mientras pueden tomar una intervencion formal

las cámaras han invitado á un francés que jamas ha combatido sino en favor de la Francia, al duque de Orleans, para que ejerza las funciones de teniente general del reino. Este es, á su modo de ver, el único medio de poder completar con la paz el buen éxito de la mas legítima defensa.

“El duque de Orleans es adicto á la causa nacional y á la constitucion: ha defendido siempre esos intereses y ha profesado siempre esos principios. Él respetará nuestros derechos, porque nos deberá á nosotros los suyos. Aseguraremos por medio de leyes todas las garantías necesarias para dar fuerza á la libertad y hacerla durable.

“Restablecimiento de la guardia nacional, pudiendo los guardias nacionales elegir sus oficiales y gefes;

“Intervencion de los ciudadanos en la formacion de las administraciones municipales y departamentales;

“Jurados para los delitos de imprenta;

“Responsabilidad legal de los ministros de Estado y de los agentes secundarios de la administracion;

“La suerte de los militares legalmente asegurada;

“Reeleccion de los diputados promovidos á empleos públicos.

“En fin, daremos á nuestras instituciones, de acuerdo con el gefe del Estado, todo el desarrollo que necesiten.

“Franceses! el mismo duque de Orleans ha hablado ya, y su lenguaje es el que conviene á un pais libre.

“Las cámaras van á reunirse—os ha dicho—y á ellas les toca poner los medios para mantener el orden, las leyes y los derechos de la nacion. *La Carta será de hoy mas una verdad.*”

Esto mismo habia dicho el duque, salvo un pequeño cambio en el último renglon.

Este cambio era pequeño, pero significaba mucho. En lugar de: *una Carta será de hoy mas una verdad*, aquellos señores habian puesto:

“*La Carta será de hoy mas una verdad.*”

Esta *errata* evitaba hacer una Carta nueva, y lograba el gobierno de las barricadas utilizando la antigua, no dar al pueblo mas que la suma de libertad prometida por el gobierno caido.

Una comision de la cámara se dirigió á ver al duque de Orleans para felicitarle y acompañarle despues al Hotel-de-Ville.

El duque de Orleans contaba con la cámara de los pares y la de diputados: le faltaba conquistar el Hotel-de-Ville.

El Hotel-de-Ville, es decir, la fortaleza en que hace mas de novecientos años, se refugia en cada motin, esa Diosa popular que se llama la Revolucion.

Allí estaba tambien entonces: y el duque de Orleans para consagrar su poder necesitaba hacerla una ovacion.

Pusiéronse en marcha.

El duque de Orleans iba á caballo, inquieto en el fondo de su corazon, pero tranquilo en la apariencia.

M. Laffitte le seguia y como no podia andar á pié á causa de un golpe que habia recibido en una pierna, ni en coche por estar desempedradas las calles, se hacia llevar en una silla de manos por algunos pobres hijos de la Saboya.

Todo fué bien desde el Palacio Real hasta el muelle: aun estaban en el cuartel de la plebe y la plebe aclamaba á su elegido. Pero pasado el Puente Nuevo, empezaron á entrar en la esfera del pueblo, y las señales de entusiasmo se debilitaron poco á poco hasta llegar al mas helado silencio.

Llegados á la plaza de la Grève; á la vista de aquellos hombres con los brazos desnudos, acampados sobre sucia paja, á vista de las recientes señales del combate que lejos de hacerlas desaparecer como otras veces se conservaban con cuidado, estaba uno muy distante de creer que la revolucion hubiese terminado, y que gracias á la cámara de los pares, á los diputados y al Palacio Real el pueblo hubiese presentado su dimision.

No, parecía haberse refugiado al Hotel-de-Ville, sombrío, inquieto y vigilante.

El duque de Orleans se apeó de su caballo, y la sombría bóveda del Hotel-de-Ville se presentó á su vista como la garganta de una horrible caverna: subió muy pálido las escaleras, y desapareció con su pequeño cortejo en el interior del Hotel.

Esto era apenas un mal bocado para el mónstruo de piedra que acababa de devorarlo.

M. de La Fayette esperaba á la régia visita en la meseta del Hotel-de-Ville.

Por casualidad asistí á esta recepcion del duque de Orleans: acababa de llegar de Soissons, á donde habia ido á buscar seis mil libras de pólvora por orden del general La Fayette.

La situacion era grave y solemne: el paso que daba el duque de Orleans al ir á solicitar la sancion del pueblo al palacio del mismo pueblo, era un rompimiento completo, eterno con la monarquía de derecho divino: era la coronacion de quince años de conspiraciones, era un girar sagradamente á la revolucion en la persona de un príncipe de la sangre.

Sin embargo, los pormenores de esta recepcion fueron mezquinos comparados con la grandeza del acto: el mismo La Fayette hizo desaparecer la grandeza y solemnidad de las circunstancias en que se hallaba, deteniéndose en detalles insignificantes.

Se leyó la declaracion de la cámara.

Cuando el lector llegó á las palabras *Jurado para los delitos de imprenta*, el hombre que debia publicar las famosas leyes de Setiembre se inclinó hácia La Fayette y le dijo:

—Este artículo es completamente inútil, mi querido general, porque espero que ya no habrá delitos de imprenta.

Concluida la lectura, puso la mano sobre su corazon y contestó:

—Como francés, deploro los males causados al país y la sangre que se ha derramado: como príncipe me contemplo dichoso con contribuir á la felicidad de la nacion.

En este momento, un hombre vestido de general, hendiendo la multitud llegó á colocarse frente al príncipe.

Era el general Dubourg, ese hombre que debia contribuir de un modo tan poderoso á la revolucion: ese hombre de quien nadie se habia ocupado antes ni se ocuparia despues.

—Acabais de contraer un compromiso sagrado, monseñor—dijo el general al príncipe, haced por cumplirle. . . . porque si le olvidais alguna vez. . . . y señaló con la mano al pueblo ébrio que llenaba la plaza—el pueblo que está ahí, en la Grève, sabrá recordárosle.

El príncipe se inmutó, la sangre llenó las venas de su frente, y con voz conmovida:

—Caballero—contestó— no me conoceis: soy un hombre honrado, y cuando se trata de cumplir un deber, no me dejo vencer con ruegos ni intimidar con amenazas.

Y volviéndose á La Fayette, el príncipe le dijo á media voz algunas palabras que pudieron oír solo los que le rodeaban.

Pero casi al mismo tiempo, y para darle la parte cómica á esta escena que habia tenido algo de la grandiosidad del drama, La Fayette, llevó al duque de Orleans á la ventana, púsole una bandera tricolor en la mano y le mostró al pueblo que contemplaba los sagrados colores nacionales.

El pueblo aplaudió con furor.

Era la misma escena que se habia representado en circunstancias semejantes, cuarenta años atrás con Luis XVI.

Solamente que, salvos algunos excesos, esta revolucion no tenia ni sus Flesselles ni sus Toulon, ni sus Berthier; y mientras que la primera, en cuatro años apenas habia conducido á Luis XVI desde la ovacion al cadalso, la segunda debia

tardar 18 años en conducir á Luis Felipe del triunfo al destierro.

El duque de Orleans entró en el Palacio Real en medio de numerosas aclamaciones, nada le faltaba: habia sido ungido por la cámara de los pares, por los diputados y por el Hotel-de-Ville, es decir, por M. de Senonville, M. Laffitte y M. de La Fayette.

En la tarde, uno de esos carruajes públicos llamados *Carolinas*, condujo de Neuilly al Palacio Real á la hermana, la esposa y los hijos del teniente general.

Pero aun le faltaba al duque de Orleans sostener en el Palacio Real una lucha mas viva que la que sostuvo en el Hotel-de-Ville. Mientras que creyendo haber concluido abrazaba á su hermana, á su mujer é hijos, M. Thiers llegó hasta él, cosa fácil en aquella época, y le anunció á sus republicanos.

Los republicanos de M. Thiers eran todos esos generosos jóvenes del *Nacional* que hemos visto despues figurar en los puestos públicos, sin poseer por desgracia, tanta ciencia política como integridad.

Algunos de ellos, mártires en 1850 de la causa que defendian en 1830, se encuentran hoy en una prision.

En fin, eran MM. Boinvilliers, Godofredo Cavaignac, Guinard, Thomas, Bastide y Chevallon.

El príncipe se sorprendió mucho: no esperaba tal visita, y por lo mismo no se habia preparado para ella.

Empezaron por ambas partes con algunas frases vagas, medio bruscas y medio políticas: era la escaramuza que precede á la batalla.

M. de Poinvilliers tomó la palabra.

—Mañana, príncipe—le dijo—sereis rey.

El duque de Orleans hizo un movimiento.

—¡Rey! ¿quién lo dice, caballero?

—La marcha que siguen vuestros partidarios, la precipi-

tacion con que trabajan los carteles, con que cubren las murallas, el oro que derraman en las calles.

—No sé nada de lo que hacen mis partidarios—respondió el duque—sé solamente que nunca he aspirado á la corona, y que no la deseo aunque infinitas gentes me obligan á aceptarla.

—En fin—replicó M. Boinvilliers—no es esa la cuestion: supongamos que llegais á ser rey ¿cuál es vuestra opinion respecto á los tratados de 1815? La revolucion que acaba de hacerse, pensadlo bien, no es una revolucion *liberal*, es una revolucion nacional: la vista del pabellon tricolor es lo que ha sublevado al pueblo, y seria mas fácil ahora arrojar á los habitantes de Paris sobre el Rhin, que contra Saint-Cloud.

—Señores—contestó el duque—soy demasiado buen francés, y demasiado patriota para ser partidario de los tratados de 1815; pero importa mucho manejarse con táctica con las naciones extranjeras, y hay sentimientos que no se deben manifestar en voz muy alta.

—Pasemos á la dignidad de par.

—A la dignidad de par? repitió el príncipe con un tono que significaba: ¿es un interrogatorio el que me hacen sufrir?

—La dignidad de par, convendreis conmigo, dijo M. Boinvilliers, en que no tiene muy fuertes raices en la sociedad: el código, al abolir el derecho de primogenitura y al dividir las herencias, ha ahogado á la aristocracia en su germen, y ha concluido para siempre el absurdo principio de poder heredar la nobleza.

—Yo creo, señores, que os equivocais—dijo el duque—respecto á esta cuestion: á mi modo de ver el que la nobleza sea hereditaria presta una gran seguridad á las ideas que defendereis, porque siendo la dignidad de par en una familia un derecho que el hijo recibe del padre, en lugar de un favor que obtiene de su rey, el principio de independenciam, muy

fácil de perderse en una cámara de eleccion, adquiere mayor fuerza en una cámara hereditaria. Por lo demas, añadió el príncipe—es una cuestion que debe examinarse, mas si la dignidad hereditaria de par no puede existir, *no seré yo quien la sostendré á mi costa.*

—Monseñor—dijo entonces Bastide—creo que por el interes mismo de la corona, debiais reunir las asambleas primarias.

El duque se estremeció como si lo hubiese mordido una serpiente.

—Las asambleas primarias—sí, dijo—ya sé, señores, que hablo con republicanos.

Los diputados se inclinaron: lejos de rechazarlo aceptaban el nombre que se les daba.

—¿Creeis posible, señores, que haya república en Francia?—esclamó el duque.—¿No habeis recibido una ruda leccion el año de 93?

—Señor,—dijo Cavaignac—la de 93 fué una revolucion y no una república. Ademas, segun puedo recordar, república ó revolucion, los acontecimientos pasados de 89 á 93, obtuvieron vuestra adhesion completa. Erais de la sociedad de los Jacobinos.

—Sí; pero por fortuna—esclamó vivamente el duque—no pertenecía á la Convencion.

—No, pero vuestro padre y el mio pertenecian á ella, caballero, y ambos votaron la muerte del rey.

—Justamente por eso digo lo que digo, señor Cavaignac:—creo que le es permitido al hijo de Felipe Igualdad indicar su opinion acerca de los regicidas. Por lo demas, caballero, mi padre ha sido injusta y demasadamente calumniado, porque era uno de los hombres mas respetables que he conocido.

—Monseñor—replicó M. de Boinvilliers, interrumpiendo al duque de Orleans en la enumeracion de las cualidades de

su padre y de las calumnias de que habia sido obgeto—tememos aun otro temor.

—¿Cuál és?

—Tememos, y tenemos nuestras razones para ello, tememos ver á los realistas y al clero entorpecer el camino del nuevo trono.

—Oh! en cuanto á ese—estad tranquilo: mi casa ha sufrido rudos golpes del clero, la mayor parte de las calumnias de que he hablado proceden de él, y una barrera eterna nos separa por lo mismo. Eso estaba bueno para la rama primogénita.

Y pronunció estas últimas palabras con tal sentimiento de animosidad que los republicanos admirados se quedaron contemplándole.

—Señores, añadió—acaso presento una verdad desconocida, revelando esa division de principios y de intereses que han separado siempre á la rama menor de la primogénita, á la casa de Orleans, de la casa reinante? ¡Oh! nuestro odio no data de ayer: señores, se remonta á Felipe, hermano de Luis XIV. ¿Quiénes calumniaron al regente? El clero y los realistas. Algun dia, señores, cuando hayais profundizado mas las cuestiones históricas, cuando hayais hollado hasta las últimas raíces del árbol que quereis abatir, solo entonces sabreis lo que era el regente y apreciareis los inmensos servicios que prestó á la Francia, descentralizando á Versailles y haciendo circular, por medio de su sistema financiero, la plata y el oro de la Francia, hasta por las últimas arterias de la sociedad. Ah! no deseo mas que una cosa, y es, que si Dios me llama á reinar en Francia, como deciais antes, que me conceda el cielo una parte, solo una parte de su talento.

Despues, estendiéndose largamente sobre los cambios que la política del regente habia operado en la situacion diplomática de Europa, habló con vaguedad acerca de su

alianza con la Inglaterra, dejando traslucir sus tendencias á buscar el mismo apoyo que su abuelo.

Toda esta digresion separaba á los republicanos del verdadero motivo de su visita; y como ya sabian todo lo que habian deseado saber, se inclinaron en señal de que deseaban retirarse.

El duque de Orleans los saludó—y—vamos, señores, les dijo, vosotros volvereis á buscarme... ya vereis... ya vereis....

—Jamás—contestó uno de ellos.

—¿Jamás? la frase es muy absoluta: ya conoceis aquel antiguo proverbio: nadie diga de esta agua no beberé....

Antes de que concluyese su proverbio los republicanos habian salido volviéndole la espalda. El tal proverbio en la boca del príncipe, pintaba perfectamente el desprecio con que veia ese íntimo sentimiento que los hombres llaman conviccion.

Al dia siguiente, el general La Fayette á la cabeza de la comision municipal, pagaba al duque de Orleans la visita que habia hecho éste la víspera al Hotel-de-Ville.

La comision municipal, ademas de pagarle la visita, llevaba el objeto de presentar la dimision de sus funciones ante el teniente general.

Hé aquí á la letra, cópia de la dimision de ese poder popular improvisado el 30 en la noche, y que despues de funcionar solo dos dias, se retiraba del gobierno el 1.º de Agosto.

Estaba escrita con anticipacion y datada en el Hotel-de-Ville.

“Monseñor: los miembros de la comision municipal de Paris tienen la honra de manifestar á V. A. R., que no existiendo ya las graves circunstancias que habian hecho necesaria la creacion de su temporal poder, desde que os habeis encargado de la Tenencia general del reino, esperan las instrucciones de V. A. para encargar á los que les designeis de las funciones que le fuesen confiadas.

“Somos con el mas profundo respeto,

“De Vuestra Alteza Real,

“Humildes y obedientes servidores

“De Schonen, Lobau, Audry de Puyraveau.”

El duque de Orleans contestó aceptando la dimision de a comision municipal, pero suplicándole conservase aquellas funciones necesarias para conservar el buen orden en el interior, y la seguridad de los intereses municipales de la ciudad de Paris. Respecto á los demas trabajos de que habia estado encargada, la rogó los pasase á los competentes ministerios.

La comision habia previsto este caso y formó con anticipacion una lista ministerial que sometió á la aprobacion del teniente general.

Sin embargo, los futuros ministros no podian ser reconocidos sino bajo el nombre de comisionados provisionales.

Sus nombres eran:

MM. Dupont (de l'Eure) de Justicia.

El baron Louis, de hacienda.

El general Gérard, de la guerra.

Casimiro Périer, del interior.

De Rigny, de marina.

Bignon, de relaciones exteriores, y

Guizot, de instruccion pública.